revista atticus
www.revistaatticus.es
enero 2017 ■ 15 €
Siete

PEDRO ROLDÁN
ESCULTOR
SEVILLANO

BUFONES
EN LA CORTE
DE LOS AUSTRIAS

LA INDUMENTARIA
CASTELLANA
MEDIEVAL

LA PIEL DEL AGUA

EL LADO
OSCURO
DE LOS
GENIOS

AUGUSTO FERRER-DALMAU

LA ÉPICA DEL PINCEL

Mario Pérez Antolín

Del poemario *De nadie*

I

La oración del lumpen.
Escupen trozos de amoníaco en los cascotes cenicientos de una obra.
Lo hacen a cambio de un plato de sopa caliente,
lo hacen mientras esperan al camión de la basura.
Pintan grafitis en los vitrales de sus córneas;
y dentro retumba un caldero con la cabeza del Minotauro.
Son los hijos cuyos padres necesitaron eyacular fuego y tragar hielo.
Forman un grupo numeroso y heterogéneo
que nació en hospicios,
creció en cárceles
y envejeció en asilos.
Son los bienaventurados que heredarán las pocilgas del cielo.
Amén.

II

Dragar quisieras el lecho de mi acidez de estómago,
pero, pensándolo bien, prefieres que la perla molida siga intacta
hasta que recupere, por sí sola, su peso atómico
y su pornográfico calvario.
¿De qué sirve anudarse la corbata en los burdeles
frente al espejo roto
por el que se cuela la transacción urgente de una necesidad acuciante?
Ese que merodea,
que mea en las esquinas,
que está harto de recibir codazos
y de hacer gárgaras con un desinfectante barato
soy yo dentro de una burbuja de ámbar elástica,
dispuesto como siempre a jugarme la vida
con la muerte
a la carta más alta.
Una escuadra de sapos viene directa a empotrarse en mi ser arrugado,
revientan como vejigas arcillosas con tal eficacia
que en tres acometidas
tengo que refugiarme en el búnker de la Gestapo
o aceptar una paz humillante.
Mi propósito era menos descabellado
que aquella otra rebelión de jenízaros,
muchos de los cuales,
a falta de botín,
aliviaron su ferocidad
en el vientre meloso de las vírgenes.
A lo que aspiro es a que reverdezca algún brote
en esta osamenta de roble viejo y apacible.

IV

Estamos en mayo.
Los piornos ponen una mácula amarilla
parecida al maquillaje de un payaso fovista.
Salvo estas pinceladas de pigmento,
en la sierra dominan
las entalladuras niqueladas por el frío,
los matojos pardos,
los hórridos calveros desollados,
los derrubios que se abalanzan como un pastel deshecho,
y una erosión implacable
que carcome las encías de esta comarca primitiva y austera.

VII

Me dirijo a las nieves perpetuas
que cubren las cicatrices de los años
con leche azucarada
y un vendaje provisional.
Sé que la ascensión resultará difícil,
el oxígeno escaso,
la fatiga permanente.
Tal vez no alcance la cima
y acabe acurrucado en un congelador
como un pavo de Navidad,
pero habrá merecido la pena jugarse el tipo por un anhelo,
siempre que sea supremo
y después reine el repentino absoluto.